

# CLAROSCUROS POPULISTAS

## Populist Chiaroscuro\*

MANUEL ARIAS MALDONADO

*Universidad de Málaga*

*Anales de la Cátedra Francisco Suárez*  
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 325-335

### I

En el texto al que quisiera dar aquí respuesta, o, más exactamente, con el que quisiera conversar, José María Lassalle abunda en los argumentos desarrollados en su último y enjundioso libro (Lassalle, 2017). Su diagnóstico sobre el fenómeno populista es a la vez original y plausible, en la medida en que rehúye los lugares comunes y apunta hacia factores cuyo papel en la génesis y expansión de los movimientos populistas no ha recibido la atención suficiente. No tengo así objeciones insuperables contra sus tesis, que en lo que sigue me limitaré a glosar o complementar.

### II

No trasluce el texto de Lassalle preocupación alguna con la delimitación conceptual del populismo, que, sin embargo, ha provocado más de un debate en el mundo académico. De alguna manera, da por supuesto que sabemos lo que es el populismo, que presenta acertadamente como un movimiento que sobredimensiona la esencia popular de la democracia con objeto de alcanzar el poder y desarrollar en él un modelo alternativo de democracia que “niega los patrones institucionales, representativos y legales del modelo vigente”. Se trata de una desenvoltura saludable, y en todo caso preferible al exceso de celo que muestran algunos estudiosos empíricos, quienes, como pude comprobar en directo en cierta ocasión, encuentran tantas dificultades para calificar como “populista” a un partido o movimiento que apenas identifican uno solo de ellos en el turbulento panorama político de nuestros días. Sin embargo, la discusión sobre el concepto de populismo no carece de interés y posee algunas virtudes clarificadoras.

---

\* Para citar/citation: Maldonado, M. A. (2019). Claroscuros populistas. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 325-335.

Sobre todo, porque evita que hagamos de la palabra un saco demasiado grande donde quepa cualquier cosa, permitiéndonos identificar rasgos populistas que pueden ser prolijados ocasionalmente por movimientos de otro tipo.

Sin extenderme al respecto, me parece razonable establecer una distinción entre elementos nucleares y elementos adjetivos del populismo. Si no concurren los primeros, no estaríamos ante un populismo; los segundos pueden aparecer también en la teoría o la *praxis* de otras ideologías o movimientos políticos. Me parece que Lassalle no estaría necesariamente en desacuerdo con esta caracterización, si atendemos aquello que de manera asistemática se dice en su texto sobre lo que habríamos de entender por populismo. Huelga decir que sería inexacto sostener, como se hace a menudo, que no existe un acuerdo en la literatura sobre este último extremo: que no haya un consenso absoluto no significa que no exista un consenso suficiente. Vale decir: suficiente para definir el populismo sobre el papel y, con ello, identificarlo fuera de él. Es verdad, como ha escrito Paul Taggart (2000), que el populismo está aquejado de una cierta “inasibilidad conceptual” en razón de lo abigarrado de sus manifestaciones. Pero el populismo no es el primer concepto discutible al que se enfrenta la ciencia social. Aunque la realidad siempre será más heterogénea que sus representaciones conceptuales, el populismo es definible e identificable.

Existe acuerdo general en la literatura académica a la hora de caracterizar al populismo como un discurso o práctica antielitista en nombre del pueblo soberano. Ciertamente, el enemigo del populismo puede ser también una minoría que tenga poco de élite, como es el caso de los inmigrantes; rara vez, sin embargo, la crítica de la inmigración viene sola. En todo caso, es a partir de esta caracterización general que podemos desarrollar la distinción antecitada entre elementos nucleares y adjetivos, que también podemos denominar ideacionales y estilísticos.

En primer lugar, existen cuatro elementos nucleares, interrelacionados entre sí. A saber: la postulación de dos unidades homogéneas de análisis: el pueblo y la élite; una relación de antagonismo entre ambas; la valoración positiva del “pueblo” y denigración de la “élite”; y la idea de la soberanía popular, traducida en la primacía de la voluntad general como matriz decisoria (Stanley, 2008, p. 102). Todos estos elementos pueden ser contruidos de distinta manera: si bien el populismo europeo tiende a ser étnicamente excluyente, por ejemplo, el latinoamericano se orienta en mayor medida hacia la dimensión socioeconómica y es incluso integrador del elemento “pobre” o “indígena” de sus sociedades. Tal como señala Reinhart Koselleck en su estudio semántico del concepto, el pueblo se define con arreglo a un eje arriba/abajo en el interior de la comunidad política tanto como a partir

del eje dentro/fuera que fija sus contornos (Koselleck, 1978, p. 145). Y lo mismo vale para la élite: dentro de ella caben los representantes políticos, los ricos, los expertos, e incluso los periodistas. ¡Salvo aquellos que prestan su apoyo al movimiento populista!

A este núcleo pueden añadirse otros rasgos, menos exclusivos del populismo pero presentes en la mayor parte de sus manifestaciones. Principalmente: la organización alrededor de un líder carismático, el anti-intelectualismo, el empleo de un registro comunicativo emocional, la identificación con una patria idealizada, su naturaleza episódica ligada a las crisis o *shocks* externos, así como un repertorio de acción basado en la provocación, la polarización, la protesta. Aunque sería difícil encontrar un movimiento populista que no participe de algunos de estos rasgos, parece razonable afirmar que son *facilitadores* antes que *definitorios* del populismo (Van Kessel, 2015). Así como el antagonismo moralizante pueblo/élite es inherente al populismo, por ejemplo, los partidos populistas no son los únicos liderados por personalidades carismáticas y, de hecho, ha habido partidos populistas que han sobrevivido a la desaparición de sus líderes más importantes: ahí tenemos al FPÖ austríaco en el poder dos décadas después de la muerte de Jörg Haider en accidente de tráfico. Dicho esto, no cabe minusvalorar la importancia capital que tiene para el populismo la figura del líder que otorga cohesión al pueblo “creado” mediante el discurso y la práctica política, por la vía de explotar su antagonismo con el grupo o grupos señalados como obstáculo para la realización de los fines populares.

Nada de lo señalado hasta ahora contradice las conclusiones de Lassalle, que ofrece menos un *análisis* del populismo que una *interpretación* del mismo; sobre todo, de sus causas y de su significado y, quizá, de su posible futuro. No obstante, es de destacar la atención que presta a la dimensión emocional del populismo, sobre la que quisiera ocuparme a continuación.

### III

Antes de hacerlo, o como presupuesto para ello, quisiera subrayar las ventajas que presenta concebir el populismo como un “estilo político”. Es conocida la controversia alrededor de la morfología del populismo, centrada no en lo que *hace* sino en lo que *es*. ¿Se trata de una ideología, de un discurso, de una lógica política, de una estrategia? Puede ser todas esas cosas, e incluso, por absurdo que pueda parecer, puede serlo simultáneamente. A mi juicio, no obstante, es ante todo un estilo político.

Esta forma de concebir el populismo responde al intento por actualizar su análisis en el marco de un escenario político cada vez más estilizado y mediatizado. Así que este enfoque, en cuya defensa ha destacado Benjamin Moffit, enfatiza los aspectos *performativos* del populismo. Son las cualida-

des estéticas y escénicas del populismo las que lo configuran como un estilo político específico: los líderes populistas modifican o crean la subjetividad del público a través del discurso y demás instrumentos a su disposición y, con ello, dan forma al pueblo (Moffit y Tormey, 2014). Desde este punto de vista, el populismo es un repertorio comunicativo —que incluye elementos extraverbales— a disposición de cualquier actor político que quiera *hacer* populismo. En el actual contexto democrático, estos aspectos performativos cobran renovada importancia debido al declive de los clivajes tradicionales y el debilitamiento de la afiliación partidista. La medialización de la vida social fuerza a los actores políticos a actuar, proyectarse y hacerse visibles a través de los canales mediáticos en las esferas pública, privada e institucional (Corner, 2003). Para los defensores de este enfoque, el populismo puede entonces definirse como un estilo político que emplea el antagonismo pueblo/élite, exhibe “malos modales” y pone en escena una crisis o amenaza mediante su dramatización y espectacularización (Moffit, 2016, p. 45). Eso implica que puede aparecer en muchos contextos y con distintas formas organizativas, lo que a su vez nos permite explicar la contaminación populista del *mainstream* político (Pappas, 2014).

Ni que decir tiene que las redes sociales juegan un rol decisivo en el estilo político del populismo contemporáneo. Es en su libro, más que en el texto con el que aquí dialogo, donde Lassalle ha llamado la atención sobre la relación entre tecnologías digitales y práctica populista. A su juicio, no podemos descartar que la hibridación entre ambas conduzca hacia “una sociedad de la indignación impulsada por las *smart mobs*, o multitudes inteligentes” (Lassalle, 2017, p. 93). No en vano se ha hablado de acción *conectiva* antes que *colectiva* para hablar sobre el desenvolvimiento de esas multitudes. (Bennett y Segerberg, 2012) Tal como he tratado de mostrar en otro sitio, las redes poseen un carácter inherentemente afectivo y encajan como un guante en la emocionalización del discurso político perseguida por el populismo (Arias Maldonado, 2016). Pero es importante subrayar que, operando con la noción de estilo político, podemos identificar los rasgos o momentos populistas adoptados por movimientos o campañas que *prima facie* nada tienen que ver con el populismo. Pensemos, por ejemplo, en las “multitudes inteligentes” —por emplear la noción del propio Lassalle— que salieron a la calle a protestar contra la sentencia judicial dictada contra los acusados por el caso de “La Manada”, la presunta violación múltiple ocurrida en Pamplona. En ese caso, las reivindicaciones feministas fueron canalizadas en buena medida a través de las redes sociales e incluyeron una crítica de los expertos y de las mediaciones garantistas de la democracia liberal-representativa, sin que la noción de pueblo fuera empleada de manera explícita ni concurriese la participación de un líder

carismático. Se trata de mutaciones sorprendentes en el cuerpo social, que atestiguan la fuerza movilizadora de las redes y del discurso emocional que con tanta facilidad aquellas transportan y difunden.

#### IV

Uno de los argumentos centrales en la interpretación de Lassalle es que el populismo moviliza emociones negativas que le sirven para construir un pueblo entendido como “comunidad redistributiva de malestares”. De manera que el pueblo del populista está formado por grupos sociales ultrajados, esos “humillados y ofendidos por un sistema de castas que ha hecho de la democracia un trampantojo de sí misma”. De ahí su énfasis en el miedo y el resentimiento, con las referencias correspondientes a Hobbes y Nietzsche. A ello cabría añadir, como ha puesto de manifiesto entre nosotros José Luis Villacañas (2015), que el populista ni siquiera cree que el racionalismo contractualista sea el fundamento adecuado para el orden social, apostando en cambio por un vínculo más irracional, que actúa en el plano visceral generando un sentimiento de comunidad que se alimenta del rechazo al enemigo: ya sean la casta, el inmigrante o el FMI. De ahí el populismo cree resolver así el problema que deja en el aire el liberalismo, que es definir y dar existencia al pueblo. Y de ahí la preponderancia de la *multitud* frente al *ciudadano* en el universo populista: del cuerpo colectivo que opera como unidad frente a la pluralidad de individuos cuya subsunción en un todo sólo puede ser coyuntural y condicionada.

No obstante, se diría por momentos que Lassalle otorga carta de naturaleza a las emociones despertadas por el populismo, como si no existiera mediación alguna entre los sucesos objetivos y las experiencias subjetivas. Baste un ejemplo: ¿tendrían la misma sensación de agravio esos catalanes que creen que el Tribunal Constitucional es un enemigo de Cataluña si las élites nacionalistas de todos los partidos no hubieran alimentado esa idea desde que se interpuso el recurso de inconstitucionalidad contra el Estatuto y, publicada la sentencia, no hubieran salido a manifestarse contra el Alto Tribunal? De acuerdo con Lassalle, el 11-S primero y la Gran Recesión después han liberado los malos humores “de quienes se sienten engañados por una institucionalidad que no ha sabido impedir que la crisis se llevara por delante su bienestar material”. En otro momento, se refiere a “la constatación íntima por parte de millones de personas de saberse desposeída de la plusvalía de felicidad y esperanza que la Modernidad les dijo que tenían derecho a materializar”. Se echa en falta aquí una mayor atención al papel de los movimientos populistas como *activadores* y *difusores* de esas emociones y de alguna otra que pertenece al mismo campo semántico: no solo el miedo y el resentimiento, sino también la frustración y la indignación.

Naturalmente, esas emociones negativas que se dirigen contra los culpables del malestar conviven con una emoción positiva —la esperanza— que tiene como protagonista al líder o movimiento populista que se ofrece para superar la crisis realizando la voluntad popular. Pero, dado el carácter performativo del estilo populista, no puede descartarse que el malestar sea en alguna medida al menos un *producto* de la propia lógica populista.

Esta lógica, dicho sea de paso, que se ve reforzada por aquella que domina el sistema de los medios de comunicación, de los que Lassalle no hace mención. Si solo es “mediático” aquello que es a su vez “sensacional”, como nos enseñó Luhmann (2017), en parte porque los seres humanos estamos afectados por sesgos que otorgan mayor conspicuidad a las noticias de carácter negativo (Pinker, 2018), los medios de comunicación terminan por funcionar —queriéndolo o no— como ayudas de cámara del populismo político, reforzando la espectacularización de la crisis que este último lleva a cabo. En el nuevo marco creado por la digitalización de la esfera pública —donde se multiplican los actores participantes, incluidos los propios ciudadanos— la atención de las audiencias es más difícil de obtener que nunca, lo que refuerza las tendencias hiperbólicas de los emisores de mensajes y, con ello, la deslegitimación del sistema democrático a ojos de los ciudadanos (Arias Maldonado, 2016). Sin negar que existen problemas reales que demandan atención del sistema político, el populismo puede también distorsionar la autoimagen de los ciudadanos, librándoles de paso de cualquier responsabilidad en dirección de la *polis* o comunidad política a la que pertenecen y en la que ejercen sus derechos de participación política. No podemos descartar que el simplismo de ese discurso externalizador de culpas ayude a explicar su éxito.

## V

Ahora bien, tampoco puede exagerarse el éxito electoral del populismo. Hay momentos en los que Lassalle parece contagiarse de la querencia del populismo por la hipérbole. Es el caso cuando afirma que “la racionalidad política ha ido siendo marginada y desplazada a un papel secundario”, cuando señala que el populismo “ha dinamitado los consensos cívicos que sustentan la paz social en Europa y América desde la Segunda Guerra Mundial”, o cuando sugiere que en nuestras sociedades “la confianza se ha roto y se ha extendido la percepción hobbesiana de que el hombre es un lobo para el hombre”. Como decía un personaje del *Calígula* de Camus, eso no nos impide almorzar. Dicho de otro modo, sería aconsejable no dar por bueno el diagnóstico que el populismo emplea para persuadir al electorado sin someterlo, a su vez, a escrutinio crítico.

Es verdad que algunos de los consensos cívicos que rigen desde la II Guerra Mundial en EE.UU. y Europa se encuentran ahora sometidos a una dura prueba de estrés. Pero no exageremos retrospectivamente el grado de consenso existente en el mundo occidental desde la posguerra, que seguramente empieza a quebrantarse con la crisis de los años 70, ni la fuerza electoral de los populismos realmente existentes: una encuesta reciente cifraba en un 23% el número de italianos que dejaría el euro, mientras que los bávaros, preguntados por los méritos relativos de Merkel y Seehofer en plena contienda política sobre la inmigración, mostraban más confianza en la primera que en el segundo y apostaban por no dar prioridad al problema migratorio. No estaría de más, por otro lado, apuntar hacia el freno que frente al populismo suponen los sistemas parlamentarios: los mayores éxitos del populismo, que acaso habría de llamarse nacionalpopulismo, han tenido lugar en un referéndum (*Brexit*) y una elección presidencial (EE.UU.). En cuanto a los países del Este de Europa, su reciente pasado comunista constituye una de las razones que nos permiten explicar las tendencias iliberales y nacionalistas. Sería por tanto más exacto decir que el populismo *se esfuerza* en dinamitar esos consensos, que no pueden darse todavía por enterrados.

Para Lassalle, el bienestar material parece ser la fuerza mayor que empuja los distintos malestares que confluyen —ya vemos que no en aluvión— en el apoyo electoral al populismo. Sin duda, algo de eso hay, aunque sería más exacto hablar de expectativas frustradas antes que de perdedores absolutos; los estándares de vida no han descendido de manera significativa, aunque lo hayan hecho los ingresos de un segmento de la población occidental. Sería mucho pedir que los dirigentes occidentales aclarasen a sus electorados que el aumento de la desigualdad en su interior coincide, y en buena medida responde a, el descenso de la desigualdad entre países y regiones. Pero que esa conexión causal pueda establecerse testimonia que el marco populista no es el único que puede emplearse para dar cuenta del deterioro económico explotado por el populismo. A cambio, el fracaso de las élites económicas durante la burbuja crediticia es poco discutible, si bien la complejidad de los subsistemas sociales hace mucho más fácil profetizar las crisis una vez que han estallado que prevenirlas eficazmente. Por añadidura, los ejemplos que proveen Francia o Austria apuntan en una dirección distinta, donde la ansiedad cultural pesa mucho más que el abandono económico (Norris y Inglehart, 2016). Y lo mismo puede decirse de aquellos movimientos que, sin ser populistas, alimentan una lógica de auto-victimización basada en el sentimiento de pertenencia a una identidad particularista. Movimientos que se oponen frontalmente a la pretensión populista de congregar a una mayoría bajo el paraguas de un “pueblo”.

Desde luego, mucho se ha discutido sobre las causas que explican la emergencia de los movimientos populistas. Y es evidente que los partidos de este carácter no surgen en épocas de bonanza, sino en situaciones de crisis donde el establishment político padece un déficit de representatividad a ojos de un sector del electorado. Por eso se ha dicho que una “mentalidad antipolítica” es facilitadora del populismo (Pasquino, 2008). No obstante, los partidos populistas europeos preexisten a la actual crisis económica, lo que remite a bolsas de insatisfacción crónica que pueden expandirse cuando se produce un *shock* externo. En el marco de una globalización donde se desdibujan las fronteras, el populismo pone sobre la mesa un *nosotros* de unívoca pertenencia y fronteras claramente demarcadas: nos impele a ser ciudadanos de *algún sitio* en vez de ciudadanos de *ninguna parte* (Müller, 2016, p. 21; Goodhart, 2017). Más ampliamente, el malestar populista podría entenderse como efecto de unos cambios vertiginosos—globalización, revolución tecnológica, disolución de instituciones sociales tradicionales— que provocan la nostalgia por un mundo más comprensible (Mishra, 2017). Populismo y modernidad estarían vinculados, pues, aunque la naturaleza específica del vínculo permanezca sin elucidar.

Otras explicaciones son más terrenales, limitándose a señalar que la representación tradicional está en crisis por razones que atañen al deficiente funcionamiento del sistema político y la incapacidad de los actores políticos ordinarios para rendir cuentas ante sus electores (Mudde y Kaltwasser, 2017, pp. 97-104). El populismo sería entonces una posibilidad latente en cualquier sociedad democrática y su activación depende de la concurrencia de las circunstancias adecuadas. Por su parte, autores como Benjamin Moffit (2016) han sugerido que las transformaciones sociales de las últimas décadas estarían propiciando la difusión del estilo político populista. Hablaríamos en este caso de una progresiva estetización y medialización de la vida política, que impediría hablar del populismo contemporáneo como una entidad homogénea y aconsejaría en cambio a entenderlo como un estilo encarnado y representado en múltiples contextos políticos y culturales. Es una tesis que conviene tener en cuenta, si bien convendría renunciar a identificar *una* causa capaz de explicarnos por sí sola un fenómeno tan complejo.

## VI

No podemos descartar del todo la inquietante hipótesis de Lassalle, según la cual el populismo prefigura un modelo de totalitarismo de baja intensidad, plasmado en una fórmula posmoderna de sociedad cerrada sustentada en el resentimiento y el miedo. Habría sido conveniente, empero, que el autor nos hubiera descrito en más detalle qué quiere decirse aquí con

“totalitarismo”, un término asociado a formas políticas que trascienden el mero autoritarismo en su empeño por prescribir la forma en que sus súbditos deben pensar y conducirse. El adjetivo “posmoderno” aquí debe comprenderse acaso como relativo a la coerción derivada de eso que se ha llamado “corrección política” y de los mecanismos intimidatorios observables en los enjambres digitales. Pero tal vez sería más apropiado hablar de “iliberalismo” o “populismo autoritario”, visto que por el momento ninguno de estos populismos —ni siquiera en Hungría o Turquía— ha recurrido a un fraude electoral masivo, no digamos renunciado al lenguaje democrático como retórica legitimadora de su propia autoridad. Por irónico que resulte, el populismo es una patología de la democracia.

En un sentido parecido, Lassalle acierta cuando señala que el populismo cuestiona el reformismo liberal-democrático y trata de neutralizar a sus adversarios al presentarlos como “enemigos del pueblo” con los que no cabe diálogo posible. Es por este camino, recuperado Carl Schmitt, que “irrumpe la transformación de la democracia liberal en una democracia populista”. De nuevo, el diagnóstico se antoja algo precipitado. Sin duda, los populistas buscan convertir la democracia liberal en democracia iliberal, pero ninguna democracia consolidada ha sufrido todavía ese destino. A mi modo de ver, la democracia liberal ha mutado en estos últimos años más bien en democracia *agonista*, sin por ello dejar de ser liberal. O sea: en una democracia caracterizada por la polarización y la falta de consenso, donde sujetos y grupos movilizados en defensa de una concepción del bien o ideología política se confrontan apasionadamente con los demás en la esfera pública. En lugar del consenso estupefaciente denunciado por autores como Mouffe (1993) o Rancière (1996), el disenso se ha convertido en la norma conversacional y ni siquiera las democracias mejor armadas institucionalmente pueden evitar las consecuencias que se derivan de la consiguiente fragmentación del espacio político. Por eso Francis Fukuyama (2015) ha hablado de “vetocracias”, término más apto para los sistemas presidencialistas que, sin embargo, son de aplicación en aquellas democracias parlamentarias donde los partidos son incapaces de o se niegan a formar coaliciones estables de gobierno.

Pese a las dificultades que comporta interpretar los signos del mundo contemporáneo, pues no sabemos si nos encontramos a las puertas de un nuevo Weimar o en una crisis pasajera que otorga al populismo un protagonismo desmedido pero coyuntural, la pregunta por la democracia que Lassalle pone sobre la mesa lleva implícita una sugerencia inquietante. A saber: ¿son los ciudadanos verdaderos demócratas, o por el contrario valoran la democracia solo en la medida en que les proporcione bienestar y seguridad? Si el populismo funcionase, ¿sería abrazado por las mayorías?

Si el modelo chino se consolidara, ¿podría generalizarse? A mi juicio, eso que Mark Lilla (2014) ha llamado en alguna ocasión “ilegibilidad” de la época contemporánea tiene mucho que ver con el carácter contradictorio de sus tendencias más visibles. Por mucho que el populismo esté viviendo una inesperada primavera, las sociedades son cada vez más tolerantes e inclusivas, se sienten más concernidas unas por las otras, además de estar crecientemente conectadas por medio de las tecnologías digitales. Parece difícil de creer que los enemigos del pluralismo, entre los que destaca el populismo, puedan vencer fácilmente esa resistencia. Al igual que Lassalle, ignoro lo que nos deparará el futuro. Pero me siento inclinado a pensar que el populismo es, aquí y ahora, no un tsunami sino una fuerte marejada.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arias Maldonado, M. (2016). *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*. Barcelona: Página Indómita.
- Bennett, W. y Segerberg, A. (2012). The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics. *Information, Communication & Society*, 14(6), 770-799.
- Corner, J. (2003). Mediated Persona and Political Culture. En J. Corner y D. Pels (eds.), *Media and the Restyling of Politics* (pp. 1-18). Londres: Sage.
- Fukuyama, F. (2015). *Political Order and Political Decay. From the Industrial Revolution to the Globalisation of Democracy*. Londres: Profile Books.
- Goodhart, D. (2017). *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics*. Nueva York: Hurst & Co.
- Koselleck, R. (1978). Volk, Nation, Nationalismus, Masse. En O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (pp. 141-432), vol. 7. Hamburg: Klett-Cotta.
- Lassalle, J. (2017). *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*. Barcelona: Debate.
- Lilla, M. (2014). The truth about our libertarian age. *The New Republic*, 18 junio.
- Luhmann, N. (2000). *The reality of mass media*. Cambridge: Polity.
- Mishra, P. (2017). *Age of Anger: A History of the Present*. Londres: Allen Lane.
- Moffit, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*. Stanford: Stanford University Press.
- Moffit, B. y Tormey, S. (2014). Rethinking Populism: Politics Mediatization and Political Style. *Political Studies*, 62, 381-397.
- Mouffe, C. (1993). *The Return of the Political*. Londres: Verso.
- Mudde, C. (2004). The populist Zeitgeist. *Government & Opposition*, 39 (4), pp. 541-563.

- Mudde, C. y Kalwasser, C. (2017). *Populism. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Müller, J-W. (2016). *Was ist Populismus. Ein Essay*. Berlín: Suhrkamp.
- Norris, P. y Inglehart, R. (2016). *Trump, Brexit and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash*. HKS Working Paper No. RWP16-026.
- Pappas, T. (2014). Populist Democracies: Post-Authoritarian Greece and Post-Communist Hungary. *Government and Opposition*, 49(1), 1-23.
- Pasquino, G. (2008). Populism and Democracy. En D. Albertazzi y D. McDonnell (eds.), *Twenty-First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy* (pp. 15-29). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Pinker, S. (2018). *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*. Barcelona: Paidós.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Tucumán: Nueva Visión.
- Stanley, B. (2008). The Thin Ideology of Populism. *Journal of Political Ideologies*, 13(1), 95-110.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham y Filadelfia: Open University Press.
- Van Kessel, S. (2015). *Populist Parties in Europe. Agents of Discontent?* Houndmills: Palgrave Macmillan.
- Villacañas, J. (2015). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.